



Fundación
Telefónica

SEMINARIO SÓCRATES 2026

@European Quantum Valley, Cultivating Digital Sovereignty?

**SOCRATES
PROGRAM**
aspen institute



Ciudad
de Málaga



SEMINARIO SÓCRATES

@European Quantum Valley, Cultivating Digital Sovereignty?

El Seminario Sócrates ha reunido durante varias sesiones, que se celebran a lo largo de dos jornadas, a una veintena de participantes procedentes de distintos sectores de la sociedad civil, para participar en una reflexión conjunta sobre grandes tendencias que están configurando -o que lo harán a medio plazo- la época que nos ha tocado vivir.

Leigh Hafrey, Senior Lecturer in Behavioral and Policy Sciences at the MIT Sloan School of Management, moderará el seminario celebrado del 21 al 23 de mayo de 2026 en Málaga.

Descripción del seminario

Tres grandes modelos geopolíticos dominan actualmente la evolución de la inteligencia artificial: Estados Unidos, China y la Unión Europea. El modelo europeo, y más ampliamente el euro-

peo en general, se percibe como situado en desventaja: regula en lugar de innovar, reflexiona en exceso e invierte insuficientemente, mientras que los actores estadounidenses y chinos dominan cada vez más los ámbitos teóricos y comerciales. Durante el seminario se abordó la soberanía digital europea, que hasta ahora no ha logrado asegurar. Como cualquier empresa humana, la teoría y la práctica digitales reflejan realidades culturales e históricas más amplias.





Relato del Seminario

Durante los días 21 al 23 de mayo de 2026, Málaga acogió el Seminario Aspen “@European Quantum Valley: Cultivating Digital Sovereignty?”. Guiados por el método socrático y la previa lectura de unos textos cuidadosamente escogidos, los participantes abordaron los desafíos que la carrera tecnológica y los avances en inteligencia artificial suponen para la libertad y la autonomía de los europeos, tanto en su dimensión individual como colectiva.



El palacio Solecio, eje central de las tres jornadas del seminario, no fue el único testigo del diálogo abierto, garantizado por las reglas de Chatham House y el magnífico papel del moderador. Alrededor de las mesas, al deleite de la gastronomía local; entre las callejuelas arabescas de la ciudad; bajo el sonido de las gaviotas y de las olas del mar; o desde una terraza con Málaga a los pies, cada ocasión se convirtió en una oportunidad para prolongar el intercambio de ideas y continuar una conversación que trascendía el propio espacio del seminario. El Mediterráneo era de nuevo, en su fiel tradición milenaria, escenario de encuentro.



“¿Debe Europa limitarse a regular tecnologías desarrolladas por otros o aspirar a definir una visión propia sobre su desarrollo y uso?”

Sesión 1

Plus Ultra: Una Europa más unida para llegar más lejos

Guiados por la lectura de Francesca Bria, Reclaiming Europe's Digital Sovereignty, así como por la Declaración de la Comisión Europea sobre tecnologías cuánticas, los participantes reflexionaron en esta primera jornada sobre el significado y alcance de la soberanía digital europea en un contexto internacional marcado por la fragmentación, la competencia entre grandes potencias y unas relaciones internacionales cada vez más articuladas por el poder que por las normas.

La conversación se abrió con la idea de la excesiva confianza depositada por Europa durante décadas en Estados Unidos y las dependencias estratégicas que ello ha generado. A partir de ahí, emergió una cuestión de fondo sobre el significado de la autonomía como capacidad de defender nuestros intereses y valores sin tener que pedirle permiso a nadie.

En este contexto, se analizó el peso que ejercen actualmente Estados Unidos y China sobre el ecosistema tecnológico global y el papel de grandes empresas privadas cuya capacidad de influencia rivaliza ya con la de muchos Estados. La discusión condujo a la constatación de que la soberanía, también en el ámbito digital, es una cuestión de poder.

La conversación derivó entonces hacia la cuestión de la gobernanza. ¿Debe Europa limitarse a regular tecnologías desarrolladas por otros o aspirar a definir una visión propia sobre su desarrollo y uso? Los participantes debatieron hasta qué punto el respeto por los derechos fundamentales constituye realmente el núcleo del proyecto europeo y si esos principios pueden mantenerse en un contexto de creciente presión competitiva. También se puso sobre la mesa la posibilidad de repensar las relaciones internacionales desde perspectivas más femeninas o feministas, planteando hasta qué punto enfoques tradicionalmente asociados a la cooperación o la construcción de consensos podrían contribuir a configurar un orden internacional más pacífico.

A medida que se rompía el hielo y se templaba la confianza entre los asistentes, comenzaron a emerger otras preguntas sobre los obstáculos que enfrenta Eu-

ropa para alcanzar una verdadera soberanía digital. La cuestión de si es posible construir un auténtico European Quantum Valley sirvió como hilo conductor. Algunos señalaron que la Unión Europea no es un Estado federal y que ello condiciona su capacidad de reacción y ejecución. Otros subrayaron la necesidad de encontrar un equilibrio entre innovación y protección de valores, evitando que la regulación se convierta en una desventaja competitiva.

Uno de los momentos más intensos del debate llegó al abordar el largo periodo de estabilidad y seguridad que Europa había disfrutado bajo el paraguas estadounidense y la percepción, hoy cada vez más cuestionada, de que Estados Unidos actuaría como garante último de la autonomía europea. De ahí surgió



“**¿Debe Europa renunciar a algo para ganar poder? ¿A qué debería renunciar?**”

una pregunta: ¿Debe Europa renunciar a algo para ganar poder? ¿A qué debería renunciar? Sin embargo, la conversación terminó pivotando y desplazando el foco desde la renuncia hacia la construcción colectiva. La Unión Europea no debería afrontar el desafío de su independencia cuántica preguntándose qué está dispuesta a sacrificar, sino qué está dispuesta a construir en común.

La segunda parte de la sesión estuvo guiada por la lectura de la Declaración de la Comisión Europea sobre tecnologías cuánticas. La discusión puso el foco en una ausencia que varios participantes consideraron significativa: la inexistencia de un espacio dedicado a la dimensión educativa y, vinculado a ello, al impacto que tendrá la inteligencia artificial sobre la formación, las capacidades y el desarrollo del capital humano europeo.

En paralelo, apareció otra idea relativa a la transmisión de ideas y el impulso de la UE: la necesidad de que la Unión Europea mejore su capacidad de construir relato. Los participantes señalaron que debe Europa mejorar la comunicación de sus logros colectivos y sus esfuerzos compartidos, tanto hacia dentro —para reforzar el sentimiento de proyecto común— como hacia fuera, para proyectar con mayor claridad el papel que desempeña en el orden internacional y el valor diferencial de su modelo.

La sesión concluyó regresando a una cuestión que había atravesado buena parte del debate, como es el problema de la fragmentación europea como obstáculo para la innovación y la construcción de capacidades estratégicas. Esta reflexión adquirió una dimensión especialmente relevante en el ámbito de la defensa, subrayándose que la dispersión de recursos, capacidades industriales y prioridades nacionales genera importantes ineficiencias que limitan la posibilidad de consolidar una Europa más soberana.



yecto colectivo, sustentada en una forma común de entender la vida (way of life), articulada alrededor de una cultura compartida, unos valores comunes y una memoria histórica compartida.

Sesión 2

El ethos ¿europeo?

La segunda sesión giró en torno a aquello que da forma al individuo como al proyecto colectivo. La discusión comenzó con una reflexión sobre el concepto de nación, guiada por el texto de Renan, ¿What is a Nation?, y continuó explorando los elementos que construyen identidad, memoria y pertenencia a partir de la lectura de Mulisch, *The Assault*. Desde ahí, el debate transitó del plano colectivo al individual para preguntarse qué define al ser humano y cómo esas categorías están siendo transformadas en el presente.

Por otra parte, la conversación se orientó hacia la cuestión del arte, con una reflexión sobre este en la era contemporánea a partir del ensayo de Benjamin, *The Work of Art in the Age of Mechanical Reproduction*. Se abordó cómo las posibilidades técnicas de reproducción modifican nuestra relación con la creación, la autenticidad y el valor mismo de la experiencia humana.

En primer lugar, a partir de la lectura de Renan, los participantes debatieron en profundidad sobre el concepto de nación y afloraron dos corrientes. Por un lado, quienes entendían la nación como una realidad forjada principalmente a través de las crisis: una agregación de individuos que se cohesionan y construyen comunidad frente a amenazas o desafíos compartidos. Por otro, surgió una visión más cercana a la idea de la nación como pro-

A partir de quienes defendían esta segunda forma de entender la nación, la conversación fue desplazándose hacia el papel de la cultura como expresión de valores y reflejo de una historia compartida; quizá como uno de los elementos distintivos no solo de las comunidades políticas, sino también de los propios individuos. Desde ahí, el debate se adentró de lleno en la cuestión de los valores y, en particular, en el lugar que ocupan dentro del proyecto europeo.

En el fondo, la discusión giraba alrededor de una pregunta más amplia: si existe realmente un ethos europeo definido por la defensa de determinados principios y valores. La cuestión de qué valores deberían priorizarse trasladó el eje del debate hacia aquellos elementos que configuran la identidad europea. En este contexto, iniciativas como Erasmus fueron señaladas como mecanismos especialmente relevantes para la construcción de una conciencia común europea. También surgió la idea de la democracia como uno de los pilares centrales de ese ethos, recuperando la conocida formulación de Renan de la nación como un "plebiscito diario". Europa aparecía así como un proyecto que aspira a encontrar la unidad en la diversidad para preservar la libertad.

Sin embargo, también emergió una reflexión crítica, como es la dificultad de Europa para defender sus propios valores cuando carece del poder necesario para sostenerlos. Varios participantes señalaron que la autonomía po-

“ La dificultad de Europa para defender sus propios valores cuando carece del poder necesario para sostenerlos ”

lítica exige capacidad de acción y control sobre recursos e instrumentos propios. De nuevo, reapareció la idea, ya presente en otras sesiones, sobre la necesidad de que Europa desarrolle más capacidades si quiere garantizar su libertad y preservar su modelo.

Siguiendo esta línea, algunos participantes advirtieron que la propia historia europea está profundamente marcada por el trauma como elemento de cohesión política. En particular, se destacó el papel de la Segunda Guerra Mundial como experiencia fundacional del proyecto europeo contemporáneo. En el caso español, aunque el país no participó directamente en aquel conflicto, se apuntó que la Guerra Civil y las décadas posteriores de dictadura constituyeron un proceso traumático propio que también condicionó su relación con Europa y con la democracia.

La conversación regresó entonces a la cuestión del poder para preguntarse si Europa desea verdaderamente alcanzar una soberanía digital propia y, en caso afirmativo, qué mode-



lo debería seguir. Se debatió si la aproximación europea debía acercarse a modelos como el chino, como el estadounidense o si, por el contrario, Europa debía construir una vía propia sustentada sobre el Rule of Law, los derechos fundamentales y una gobernanza diferenciada.

La sesión concluyó orientada por el texto de Benjamin sobre el arte y su reproducción técnica, trasladada al contexto actual de la inteligencia artificial. El debate volvió a dividirse en dos corrientes.

Por un lado, una aproximación más antropológica defendía que la IA carece de la capacidad genuina para emocionar o interperlar al ser humano, entendiendo el arte como una forma de comunicación profundamente humana, en la que el valor reside precisamente en reconocer la experiencia y la intención de otro ser humano detrás de la obra.

Por otro lado, surgió una visión que cuestionaba esa exclusividad humana del arte. Se argumentó que aquello que emociona no procede únicamente de la creación humana —también la naturaleza o los animales despiertan experiencias estéticas profundas— y que, en consecuencia, no debería descartarse que la inteligencia artificial pueda llegar no solo a reproducir, sino también a producir formas artísticas capaces de generar emoción y significado.



Sesión 3

La cuestión del ser, del no ser y el papel de la tecnología

La tercera sesión profundizó en la cuestión del ser: aquello que configura al individuo y cómo las nuevas tecnologías —y especialmente la inteligencia artificial— están comenzando a desafiar nuestra comprensión tradicional de esa condición. La conversación exploró el funcionamiento de la IA, sus capacidades actuales y sus posibles desarrollos futuros, poniendo el foco no tanto en lo que hoy puede hacer, sino en hasta dónde podría llegar en ámbitos que todavía desconocemos o apenas empezamos a imaginar.

Para ello, el debate se articuló en torno a los textos de Vaswani et al., Attention Is All You Need; de Rovelli, Helgoland: Making Sense of the Quantum Revolution; y de Wolfram, Semantic Grammar and the Power of Computational Language. A partir de estas lec-

turas, los participantes reflexionaron sobre cómo los avances en nuestra comprensión del lenguaje, el procesamiento de la información y la propia naturaleza de la realidad podrían transformar la manera en que concebimos la inteligencia, la creatividad y, en último término, lo humano.

La conversación comenzó abordando el papel que debería desempeñar la inteligencia artificial en la sociedad. Una idea ampliamente compartida fue entender la IA como una herramienta de asistencia y ampliación de capacidades humanas más que como un sustituto del individuo. En

“
¿Es comparable el funcionamiento de la inteligencia artificial al del pensamiento humano?
”



este sentido, se destacó que, al igual que en su día ocurrió con la calculadora o con otras revoluciones tecnológicas, la IA está modificando el valor relativo de determinadas habilidades, potenciando algunas nuevas y reduciendo la relevancia de otras.

A partir de ahí, el debate se desplazó hacia una cuestión más profunda: ¿Es comparable el funcionamiento de la inteligencia artificial al del pensamiento humano? Algunos participantes defendieron que existe una diferencia fundamental. Mientras los modelos actuales operan mediante el reconocimiento de patrones y la predicción estadística de secuencias, ello no implica necesariamente comprensión. Desde esta perspectiva, producir respuestas coherentes no equivale a entender aquello que se produce, existiendo una distancia entre generación y significado.

Esta reflexión condujo a otra pregunta de carácter más filosófico: el papel del libre albedrío. Frente a sistemas que operan dentro de arquitecturas y reglas determinadas, algunos participantes defendieron que el ser humano conserva una capacidad de elección que trasciende el cálculo, la predicción o la mera optimización de resultados.

A partir de ahí, la conversación derivó hacia una cuestión que despertó especial interés: el hecho de que todavía comprendemos solo parcialmente el funcionamiento interno de los grandes modelos de lenguaje. Si aún no entendemos del todo cómo emergen determinadas capacidades en estos sistemas, ¿hasta qué punto podemos anticipar sus límites? La pregunta de fondo pasó entonces a ser si realmente es posible reproducir dimensiones centrales de la inteligencia humana y qué implicaciones

tendría avanzar hacia sistemas cuyo funcionamiento y potencial siguen siendo, en parte, opacos para nosotros mismos.

En este contexto, los participantes debatieron sobre los riesgos asociados al desarrollo de la inteligencia artificial y a la expansión futura de sus capacidades. Surgieron inquietudes vinculadas a la posibilidad de perder capacidad de control sobre tecnologías cada vez más complejas, así como sobre el riesgo de que estas evolucionen hacia dinámicas difíciles de anticipar o gestionar. No obstante, también apareció una visión más matizada: la inteligencia artificial fue entendida como una tecnología profundamente ambivalente que, al igual que ocurrió con la energía nuclear, no es intrínsecamente beneficiosa ni perjudicial, sino que su impacto dependerá del marco institucional, los incentivos y las decisiones humanas que orienten su desarrollo y utilización.

“**Las bibliotecas podrían perder su papel de conservador de identidades y culturas, en una era en la que el conocimiento se almacena cada vez más en entornos digitales y donde la inteligencia artificial comienza a mediar nuestra relación con la información**”

Sesión 4

Dualidad y ser

La cuarta sesión abrió la tercera y última jornada del seminario con una aproximación a dos conceptos centrales de la física cuántica: entanglement y superposition.

A partir de ahí, la conversación se trasladó mediante la lectura de *The Library*, de Jergović, como punto de partida para reflexionar sobre la memoria, la identidad y el significado cultural de las bibliotecas. Estas aparecieron no solo como espacios de conservación del conocimiento, sino como lugares capaces de perpetuar culturas, relatos y formas de entender el mundo. Surgió entonces la idea de que cada libro contiene la posibilidad de transformar nuestra percepción de la realidad y, en consecuencia, poseer una biblioteca representa también la posibilidad de transformarse a uno mismo.

Asimismo, también se planteó que las bibliotecas podrían perder su papel de conservador de identidades y culturas, en una era en la que el conocimiento se almacena cada vez más en entornos digitales y donde la inteligencia artificial comienza a mediar nuestra relación con la información. La conversación derivó entonces hacia la necesidad de “culturizar” la IA: no solo entrenarla técnicamente, sino dotarla de referencias culturales amplias y diversas. En este contexto, se advirtió que las culturas dominantes —aquellas que controlan las infraestructuras tecnológicas y el desarrollo de los modelos de IA— podrían terminar condicionando los sesgos, prioridades y marcos culturales de estos sistemas.

En este sentido, resultó especialmente sugerente la visualización



“¿Qué ocurre cuando los sistemas que median nuestra relación con el conocimiento son diseñados y controlados principalmente fuera de Europa?”

del videoclip *Malamente*, de Rosalía, que sirvió como detonante para reflexionar sobre distintas formas de dualidad presentes en la cultura contemporánea: tradición y modernidad, lo local y lo global, o la tensión entre referencias culturales españolas y la influencia cultural norteamericana. La conversación derivó también hacia el debate sobre apropiación cultural y sobre la tendencia a identificar determinadas expresiones culturales andaluzas con el conjunto de la identidad española. Desde ahí surgió una pregunta más amplia: si la cultura moldea la tecnología y la tecnología moldea la cultura, ¿qué ocurre cuando los sistemas que median nuestra relación con el conocimiento son diseñados y controlados principalmente fuera de Europa?

El debate incorporó también otra dualidad presente en el videoclip: el uso de símbolos religiosos tradicionales. Algunos participantes señalaron que determinadas reinterpretaciones estéticas de la tradición católica pueden resultar incómodas o incluso hirientes para quienes las viven desde la fe. Otros, sin embargo, defendieron que estas formas de reinterpretación cultural pueden convertirse en mecanismos eficaces para acercar símbolos y narrativas religiosas a públicos más amplios, especialmente a las generaciones más jóvenes. A partir de ahí, la conversación conectó nuevamente con el papel de la inteligencia artificial como tecnología de reproducción y transmisión cultural, capaz no solo de conservar significados, sino también de reinterpretarlos, amplificarlos y transformarlos.

La conversación regresó entonces a la teoría cuántica para plantear la cuestión de si la revolución cuántica debe entenderse realmente como progreso o, más bien, como una transformación. Algunos participantes señalaron que todavía desconocemos las implicaciones últimas que podrían derivarse tanto de la computación cuántica como de la convergencia entre inteligencia artificial y nuevas formas de procesamiento de información.

Por otra parte, surgió también la teoría de la información como marco interpretativo. La idea de que todo —incluidos los seres humanos— puede entenderse, en cierta medida, como información abrió una reflexión sobre la identidad personal y la experiencia humana. En ese contexto, apareció una imagen especialmente evocadora: somos, en parte, el resumen de todos los libros que hemos leído... y también de aquellos que nunca llegamos a leer.

La sesión concluyó con una reflexión sobre la creciente personalización de los grandes modelos de lenguaje y la forma en que tendemos a moldearlos para que se adapten a nosotros mismos, reproduzcan nuestros patrones o incluso reflejen aspectos de nuestra personalidad. Quedó entonces flotando una pregunta que nadie terminó de plantear, pero se percibía en el ambiente: si en el futuro podría llegar a existir una suerte de “gemelo digital” humano. Una nueva forma de superposición entre identidad, memoria y tecnología.



Sesión 5

La conciencia ¿elemento distintivo del ser humano?

La última sesión estuvo guiada por las lecturas de Calvo, *What Is It to Be a Plant?*; de Swayne, *Is Consciousness Research the Next Big Quantum Use Case?*; y por el poema de Mandelstam, *Insomnia*, *Homer*, *Tight Sails*. Con ellas como punto de partida, el seminario cerró regresando a una de las preguntas más profundas que habían atravesado las jornadas: qué significa ser humano.

La conversación se abrió con la pregunta ¿qué significa ser auténtico si ni siquiera sabemos plenamente quiénes somos? A partir de ahí, los participantes exploraron la cuestión de la conciencia más allá de los límites tradicionales de lo humano. Se debatió sobre la existencia de formas de percepción, comunicación e incluso ciertos mecanismos de decisión en el mundo vegetal, cuestionando hasta qué punto categorías como sensibilidad, inteligencia o agencia deben reservarse exclusivamente para nuestra especie.

Esta reflexión condujo inevitablemente hacia una cuestión normativa: si ampliamos nuestra comprensión de aquello que es capaz de sentir, responder o interactuar con el entorno, ¿deberíamos también ampliar nuestras categorías de protección? Algunos participantes llegaron incluso a preguntarse si la expresión “derechos humanos” seguirá siendo suficiente para responder a los desafíos éticos del futuro.

Posteriormente, el debate se desplazó hacia el concepto de conciencia y su posible relación con las máquinas. Surgió entonces una cuestión central: los

agentes de inteligencia artificial pueden conocer información sobre nosotros, anticipar comportamientos e incluso generar respuestas sofisticadas, pero ¿pueden realmente decidir? Varios participantes defendieron que seguimos sin comprender plenamente qué significa pensar y que, precisamente por ello, resulta difícil asumir que la conciencia pueda reducirse a un proceso puramente algorítmico.

La conversación regresó entonces a la relación entre conciencia y valor moral para abordar la cuestión ambiental. Se discutió si la naturaleza debe protegerse únicamente por su utilidad para el ser humano o si determinados seres y ecosistemas poseen un valor intrínseco que justifica su protección por el mero hecho de existir. Esta cuestión abrió otra línea de reflexión: si vinculamos derechos y dignidad exclusivamente a la conciencia, ¿cómo encajan entonces aquellos seres humanos que no pueden ejercer plenamente esa capacidad? ¿Es realmente la conciencia el rasgo que nos define moralmente?

En este contexto apareció una de las preguntas más provocadoras de toda la sesión: ¿estaríamos dispuestos a aceptar tecnologías que sustituyeran o complementarían nuestra propia conciencia? Los participantes reflexionaron sobre hasta qué punto seguimos entendiendo la conciencia como la capacidad de reconocerse a uno mismo como existente y de experimentar el mundo desde una perspectiva propia.

“
**¿Estaríamos
dispuestos a
aceptar tecnologías
que sustituyeran o
complementaran
nuestra propia
conciencia?**
”



Javier Ivars

Project Manager en el CSIC
y Reserch Assistant en Real
Instituto Elcano

Reflexión del autor

Paradójicamente, tal como los asistentes descubrieron durante la visita guiada, la tradición malagueña sostiene que la ciudad renunció a completar la dualidad de las torres de su Catedral — hoy conocida como La Manquita— para contribuir a la independencia de Estados Unidos.

En cierto modo, mientras aquella renuncia simbolizó una apuesta colectiva por un proyecto político, el contexto geopolítico actual plantea a Europa una pregunta distinta: no tanto qué está dispuesta a sacrificar para alcanzar su independencia cuántica, sino qué está dispuesta a construir conjuntamente para poder ser verdaderamente soberana.

La respuesta difícilmente pasa por asumir el “Yo solo” atribuido al malagueño Bernardo de Gálvez durante la toma de Pensacola. En un mundo de riesgos compartidos y capacidades crecientemente interdependientes, solo una mayor integración permitirá a Europa ampliar sus márgenes de autonomía y abrir nuevas fronteras tecnológicas. En cierto modo, se trata de recuperar el espíritu de quienes, desde estas costas, decidieron mirar más allá del horizonte conocido.

O, dicho en latín: Plus Ultra.

El poema de Mandelstam, que puso la guinda al cierre de la sesión y del seminario, parecía apuntar precisamente en esa dirección. Cuando escribe que el mar y Homero —como todo— son movidos por el amor, no habla únicamente del amor como sentimiento, sino como impulso hacia el otro, como búsqueda de algo que trasciende al individuo. Quizá el amor, entendido como la búsqueda del bien común y el reconocimiento del otro, siga siendo uno de los últimos espacios genuinamente humanos.

Y quizá sea también ese impulso el que explique la existencia de proyectos colectivos como Europa: la convicción de que hay objetivos que solo pueden alcanzarse juntos.

Hay algo profundamente simbólico en pensar que el mar que escuchó Homero y el que hoy baña Málaga es el mismo. Que los vientos de estas costas sigan empujándonos hacia un horizonte compartido: el **bien común**.



Fundación
Telefónica

**SOCRATES
PROGRAM**
aspen institute



Ciudad
de Málaga